

LA EXPANSIÓN FENICIA Y LA COLONIZACIÓN GRIEGA: puntualidades y similitudes de dos procesos de interculturalidad en el Mediterráneo arcaico (II).

Julián Espada Rodríguez
Valencia

Como se puede comprobar, este trabajo quiere ser continuación de otro anterior pero con la inversión de los términos en el título.¹ La intención actual consiste en presentar la otra perspectiva de la cuestión: ver las cosas desde otro punto de vista, aun siendo consciente de que abordo el tema sin ser especialista en el mundo fenicio; en todo caso, lo hago desde la perspectiva de la historia del Mediterráneo en época arcaica. Pero conviene, según creo, hacer una serie de puntualidades respecto a conceptos y procesos que voy a tratar.

Comúnmente decimos ‘expansión’ en referencia al proceso fenicio en cuestión y ‘colonización’ para el griego correspondiente: ‘expansión’ es un término más genérico, pues sobre el fenómeno fenicio poseemos una información menor y menos precisa que del griego. Al no conocer con exactitud aquel movimiento de los navegantes y comerciantes de las ciudades fenicias, pero sí sus apariciones en los diferentes emplazamientos, parece razonable utilizar una voz lo suficientemente amplia para no incurrir en definiciones contrarias. No nos atrevemos justamente a expresar ‘colonización fenicia’, puesto que no sabemos hasta qué punto lo fue y qué

¹ J.Espada, «La colonización griega y la expansión fenicia: puntualidades y similitudes de dos procesos de interculturalidad en el Mediterráneo arcaico», en M. Albaladejo (ed.), *Viajes y relaciones interculturales en la Antigüedad* (I Encuentro de Historia Antigua, Guadarrama 2010), Ayuntamiento de Guadarrama (2011), pp. 27-46.

paralelo institucional tuvo con la griega. Los libros, congresos, exposiciones o artículos de investigación sobre los fenicios y sus hechos suelen llevar por título ‘la expansión fenicia’, pocas veces ‘colonización’.²

Habitualmente, cuando las obras especializadas recogen un capítulo sobre los fenicios y su expansión, suelen hacerlo en trabajos sobre Cartago y los cartagineses o, en todo caso, de Roma, la arcaica y la republicana, como antecedente de la historia sobre las Guerras Púnicas; pero nunca aparece como un presupuesto o un apéndice de la historia de Grecia, ni siquiera de la época arcaica.

Por otro lado, se dice ‘colonización griega’, con un término definitivo más ajustado; pero, sin embargo, conviene tener presente que ésta no constituyó una colonización como la que ejerció España hasta 1898 (exclúyanse el protectorado de Marruecos, Sidi Ifni, Guinea ecuatorial o el Sáhara) o la de Portugal o los países europeos, Inglaterra y Bélgica, Alemania e Italia en el siglo XIX (éstos eran verdaderos imperios coloniales). La voz griega de aquel entonces para referirse a sus colonias era ‘*apoikía*’, pero existían también otras, como señalé en su lugar.³ Las colonias griegas de época arcaica no eran sucursales de una metrópoli, sino que nacieron ya autónomas, teniendo la prevención de que esta afirmación no es rigurosamente cierta en todos los casos.

Constituye realmente un problema terminológico querer catalogar las ciudades fenicias (o púnicas) alejadas de Tiro y Sidón, pues no sabemos con la exactitud deseable qué tipo de lazos institucionales existía entre las ciudades fenicias prístinas y sus prolongaciones en el Mediterráneo central y occidental.

En el ámbito de la colonización griega usamos para su estudio y descripción términos bastante precisos, tanto los antiguos como los actuales:

² Cf. J. Heurgon, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, col. Nueva Clío 7, Barcelona 1982³ (Paris 1969), p. 66, B) La expansión y colonización fenicias en Occidente. M.E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona 1987, p. 140, 6. Las rutas de la expansión fenicia al Mediterráneo; p.194, 8. Las colonias fenicias del Mediterráneo central; p. 228, 9. Las colonias del Extremo Occidente. M. Gras, P. Rouillard y J. Teixidor, *El universo fenicio*, Barcelona 1991 (Paris 1989), p. 96, Las estructuras del comercio. Comercio y colonización. W. Huss, *Los cartagineses*, Madrid 1993 (München 1990), p.13, II. La expansión fenicia. J.L. López Castro, *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona 1995, p. 23, 1.1. El problema de la «precolonización» fenicia; p. 53, 1.7. Expansión y transformación en la sociedad colonial.

³ J. Espada, *op. cit.*, p. 30; ‘*apoikia*’ se refería tanto al contingente de personas expedicionarias como al nuevo asentamiento.

colonización, colonia, metrópoli; *apoikía*, *oikistés*, etc. Pero en el contexto del proceso fenicio hay en este sentido mayor ambigüedad. La terminología empleada *ad hoc* es susceptible de agruparse en dos categorías, a saber: a) palabras de carácter general, aplicables a cualquier ámbito de la cultura; b) voces, que con estudios y avances más definidos pudieran llegar a convertirse en términos técnicos, parecidos a los griegos, propios del análisis y la descripción historiográficos. Entre las primeras figuran: enclave, centro, base, establecimiento, instalación colonial o comercial, ciudad, asentamiento, emplazamiento, comunidad, localidad, expedición. Entre los segundos, colonia, factoría, emporio, puerto, *hinterland*.

En la Antigüedad mediterránea se dieron varios periodos cronológicos y culturales anteriores al momento de auge de las diversas civilizaciones conocidas. Fueron tiempos de gestación de las realizaciones más importantes y sobre los que se tiene menos documentación e información, especialmente de las fuentes epigráficas, numismáticas y literarias: por ejemplo, las épocas arcaicas griega, etrusca, púnica o romana. Pero la periodización de la historia de Grecia, sin embargo, ofrece con aproximación un modelo para la historia peor conocida de otros pueblos, incluidos, por ejemplo, los iberos. La relativa escasez de fuentes no nos debe hacer pensar, por desconocimiento de las cosas, que según nuestra óptica las épocas en cuestión fueran realmente poco importantes. Los métodos propuestos y seguidos para estudiar y analizar estas épocas han sido diferentes, contrapuestos y controvertidos. La historiografía sobre la época arcaica juega con pocos elementos seguros y suele seguir un esquema general que se ha formado a base de los datos o suposiciones más sobresalientes, fundamentados las más de las veces en la verosimilitud, en las hipótesis y explicaciones razonables y en los paralelos. En otro tiempo, las posturas hipercríticas llevaron a depurar fantasías,⁴ clichés o modas (fenicomanía/ fenicofobia⁵), pero su radicalización no condujo a nada positivo; la rehabilitación de la tradición literaria⁶ ha producido mejores frutos, al menos, si se quiere ser estricto, para desbriznar

⁴ “Y los jesuitas belgas, conocidos como los *bolandistas*, hicieron desaparecer definitivamente de su obra, *Vidas de los Santos*, numerosas leyendas y falsedades”, en J. Álvarez Gómez, *Historia de la Iglesia. I. Edad Antigua*, Sapientia Fidei, BAC-m nº 25, Madrid 2001, p.14.

⁵ J. Heurgon, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, Nueva Clío 7, Barcelona 1982³ (Paris 1969), pp. 68-69.

⁶ *Ibidem*, IV. «Nota sobre las fuentes de la historia romana primitiva: de la hipercrítica a la tradición rehabilitada», pp. 278-284.

cómo se formaron esas leyendas y tradiciones (¿qué sería de la mitología griega con una postura hipercrítica extrema? ¿se tacharía de fantasía nociva para las buenas costumbres?). El procedimiento seguido mayormente consiste en trazar una descripción general de situaciones y acontecimientos desde los supuestos orígenes hasta el final o hasta el momento histórico objeto de estudio; partiendo de un análisis general se desciende al particular, tratando de encontrar una explicación mejor de los hechos y circunstancias que conocemos, aplicando modelos explicativos más actuales. Muchas veces este método exhaustivo conduce a decir con otras palabras lo que se ha dicho ya, tal vez a actualizar la cuestión; pero en todo caso sabemos que la ciencia avanza con pasos lentos.

El fenómeno fenicio es peor conocido que el griego por falta o escasez de fuentes. La ausencia de fuentes literarias impide un conocimiento seguro en cuestiones de importancia: no han llegado hasta nosotros ni los *Anales de Tiro* ni el contenido de las bibliotecas de Cartago⁷ o de cualquiera otra importante ciudad fenicia o púnica.

La colonización griega es un proceso mejor definido para nosotros que la expansión fenicia.⁸ Lo es cronológica y topográficamente, institucional y terminológicamente, arqueológica y epigráficamente, historiográfica y demográficamente. Los autores griegos nos han proporcionado noticias de todo ello y, además, Heródoto o Tucídides estaban en el tiempo más cerca de los acontecimientos griegos que, por ejemplo, Tito Livio, Estrabón o incluso Festo Avieno de los hechos fenicios. Los términos históricos e institucionales sobre el proceso griego son más precisos y las fuentes históricas han proporcionado voces utilizadas en la época, *apoikía*, *oikistés*, metrópoli, los gentilicios, por ejemplo. Los términos que utilizamos actualmente también son precisos para definir y describir los acontecimientos: colonia,

⁷ Cf. Baurain, «Réflexions sur le contenu de les bibliothèques de Carthage» (resumen de una comunicación), *REG* 104 (1991), pp. X – XI.

⁸ La colonización griega empezó, en realidad, a finales del II milenio (F.J. Fernández Nieto, «La colonización griega», en J.M. Blázquez y otros, *Historia de España Antigua. I. Protohistoria*, Madrid 1988, p. 540.), cuando las comunidades continentales de eolios, jonios y dorios se desplazaron, a lo que parece, a las costas minoroasiáticas. Se estima generalmente (D. Ridgway, *El alba de la Magna Grecia. Pithecusa y las primeras colonias griegas de Occidente*, Barcelona 1997 (Milano 1984), sostiene la prelación de Ischia en su libro) que la gran colonización empezó en Cumas, después de haber residido previamente los padres de estos colonizadores en Ischia.

colonización, *polis* (ello con una definición o advertencia previa sobre su significado).

Respecto al proceso griego, debo insistir en dos puntos, que ya he señalado en el artículo precedente.⁹ En primer lugar, por comodidad expositiva y de argumentación, decimos en sentido general ‘colonización griega’: esta licencia no es del todo exacta, pues el movimiento migratorio griego no estuvo organizado, dirigido o controlado por un ente político superior en la Hélade para las distintas comunidades que participaron en él con sus ciudadanos. Ni siquiera, por lo que sabemos, el oráculo de Delfos o el de Dodona pudieron actuar con conocimiento de causa desde un primer momento: andando las expediciones y las experiencias, la información recogida en ellos pudo entonces orientar mejor a nuevos expedicionarios hacia un lugar u otro; en algún lugar se ha llegado a hablar de ‘colonización délfica’, aunque estas orientaciones se generalizaron sólo a partir del siglo VII a.C.¹⁰ El movimiento colonizador, como proceso cultural, fue griego –se trató de una colonización helénica–, pero como proceso individual de las diferentes *poleis*, incluso colaborando habitantes de dos o más ciudades, fue propiamente euboico (calcidio y eretrio), corintio, megarenses, milesio, rodio, foceo, samio, aqueo, etc. Las metrópolis griegas enviaban por mar, a la otra parte del *ponto*, una expedición de ciudadanos suyos (*apoikoi*), guiados por un jefe y fundador de la colonia en ciernes (*oikistes*), para iniciar una nueva vida en el lugar elegido y, en principio, sin posibilidad de retorno ante las primeras dificultades.¹¹ No hay que olvidar la existencia de tanteos previos y de la necesidad de apoyarse en los primeros momentos en la comunidad emisora para poder salir adelante, por lo que muchas acciones se hicieron de común acuerdo con la metrópoli. La iniciativa podía partir de la propia metrópoli o ser patrocinada por un particular, con ayuda oficial. Las relaciones políticas se cercenaban entre la metrópoli y la nueva ciudad, pero en general y de forma natural la colaboración solía continuar debido a los lazos culturales, religiosos y de sangre existentes, aunque no fue siempre así.

⁹ J. Espada, «La colonización griega y la expansión fenicia ...», pp. 29-32.

¹⁰ M. Lombardo, «Le concezioni degli antichi sul ruolo degli oracoli nella colonizzazione greca», en *Ricerche sulla colonizzazione greca*, ASNS Pisa 1972, pp. 63ss.

¹¹ Los habitantes de Tera no dejaron regresar a los embarcados hacia la futura Cirene, recibiendo a pedradas, cuando pretendían volver a atracar en el puerto (Hdt. IV 156, 2-3); H. Volkmann, *Der Kleine Pauly*, Bd. 3, München 1979, col. 410s., s.v. ‘Kyrene’; E. Meyer, *ibidem*, Bd. 5, col. 733-735, s.v. ‘Thera’.

La colonia se fundaba como otra nueva ciudad en el emplazamiento alcanzado, con instituciones similares, iguales dioses, cultura y costumbres, lengua y con las mismas técnicas de laboreo y de producción artesanal. Se mantenían los aspectos religiosos, culturales y éticos; se creaba una autonomía en asuntos sociales, económicos o políticos. Se habla, no sin cierta imprecisión, de una primera etapa colonial agrícola y de una segunda etapa comercial. En algunas ocasiones la nueva fundación hacía otro tanto con otras, que seguían el modelo originario.

El segundo punto se refiere a la noción, ya adelantada, de ‘colonización’ y ‘colonia’; la colonización griega no responde conceptualmente a las colonias romanas (*coloniae deducendae*). Como se puede apreciar, utilizamos ahora un término latino (*colonia*) para una categoría griega. Sin entrar en muchas profundidades etimológicas, ‘*colonia*’ se relaciona con ‘*colonus*’ y éste remite al verbo ‘*colo*’, que significa ‘habitar’ y ‘cultivar’; ‘*colonus*’, ‘campesino’ y también ‘colono’; aquélla es un ‘finca’ y también un ‘territorio poblado por extranjeros’.¹² Todas las colonias, mientras no se han independizado, han constituido en realidad una sucursal de la ciudad (en la Antigüedad) o de la nación madre (en tiempos modernos), salvo precisamente las griegas, como he apuntado. La voz originaria para la colonia griega fue ‘*apoikía*’ –ya lo he señalado– que viene a significar un ‘desplazamiento de población’ *en busca de nuevos horizontes (de asentamiento y de vida)*, pero el significado básico no incluye el corte de lazos políticos y de la autonomía comercial. La familia de palabras al respecto es más amplia y conviene poner de manifiesto que no en todas las épocas de la historia de Grecia se entendió por ello lo mismo: no fueron lo mismo las colonias calcídicas, las corintias y, posteriormente, las cleruquías atenienses.

Desarrollando este segundo apartado, paso a otra consideración relevante. Como ya he indicado en el trabajo precedente,¹³ en los tiempos modernos ha habido y aún existen en determinadas ciudades o en países en general comunidades de población extranjera, en cierto modo agrupada, que hemos denominado, no sin razón, la colonia o comunidad alemana en ..., la inglesa, la noruega, la danesa, la china en ...; incluso la comunidad española en

¹² A. Ernout – A. Meillet (J. André), *Dictionnaire étymologique de la Langue Latine. Histoire des mots*, Paris 1979, s.v. ‘colo’, pp. 132s.; A. Walde – J.B. Hofmann, *Lateinisches etymologisches Wörterbuch*, I. Bd., A–L, Heidelberg 1982, s.v. ‘colo’, pp. 245-247.

¹³ J. Espada, «La colonización griega y la expansión fenicia ...», pp. 30-31.

Argentina o en México, por ejemplo. Esto, si se mira bien, no es nada nuevo. En la época arcaica que trato, este fenómeno no era algo inexistente en absoluto, más bien era cosa más extendida de lo que se piensa. En la Antigüedad, como en los tiempos actuales, las ciudades, las civilizaciones y los imperios no eran étnicamente compartimentos estancos. Es ilustrativo señalar al respecto que en ciudades latinas había residentes etruscos; en la ciudad etrusca de *Volsinii* se documenta en el s. VI a.C. la presencia de celtas; en ciudades griegas residían fenicios, en ciudades fenicias había griegos; y en ciudades egipcias convivían fenicios y griegos, y tal vez la lista pueda engrosarse en el futuro con nuevos hallazgos.

De todo ello hay tres ejemplos significativos, pero cuya demostración fehaciente está por establecer, a saber: a) Al Mina, a la desembocadura del río Orontes, en la costa septentrional siria; b) la colonia fenicia en Roma, quizá junto al Foro Boario en el recodo del Tíber; c) el establecimiento arcaico griego y fenicio de la isla de *Ischia* (Pitecusa), en el golfo de Nápoles.

A éstos se puede añadir el ejemplo correspondiente al relato de Heródoto (IV 151-153) sobre la fundación griega de Cirene, en la costa libia. Tras diversas vicisitudes protagonizadas por los de Tera y un pescador llamado Corobio, aquéllos, guiados por éste, arribaron a la isla de Platea,¹⁴ en la costa de Cirenaica, con dos pentecónteras,¹⁵ donde se establecieron antes de fundar la colonia en tierra firme, en un paralelo sorprendente con lo sucedido entre Pitecusa y Cumas¹⁶ y las instalaciones fenicias en islas próximas a la costa.

En los años 30 del siglo XX Leonard Wooley descubrió la presencia euboica en las excavaciones de Al Mina. No se trataba de un centro comercial propiamente griego, pues la cerámica encontrada más antigua es fenicia. Un número de eubeos debieron establecer allí su residencia y la distribución de *skyphoi* con semicírculos colgantes se extendió por emplazamientos repartidos en Palestina, Fenicia, Chipre, Cilicia y Unqi; posiblemente a ello también debieron contribuir otros centros como Tell Sukas, situado más al Sur y excavado por una misión danesa.¹⁷ El año 825 a.C. es la fecha en torno a la cual se sitúa convencionalmente el establecimiento de la base euboica en Al Mina, unos 50 años antes de la

¹⁴ Se trata de la actual isla de Bomba, en el golfo del mismo nombre, al oeste de Tobruk; cf. C. Schrader, *Heródoto. Historia*, libros III – IV, BCG nº 21, Madrid 1995 (1979), p. 424 n. 514.

¹⁵ Cf. J. Espada, «La colonización griega y la expansión fenicia ...», p. 37 n.34.

¹⁶ Cf. n.11: H. Volkmann, op.cit.; E. Meyer, op. cit.

¹⁷ D. Ridgway, op.cit., Barcelona 1997 (Milano 1984), pp. 41s.

presencia calcídica en Pitecusa; por otra parte, la documentación arqueológica indica un cese de la actividad industrial o comercial euboica allí a finales del siglo VIII a.C. Los *emporia* solían tener un origen heterogéneo y se caracterizaban por acoger a una población mixta: Al Mina, Náucratis, Adria, Spina. El emporio de Al Mina, a la desembocadura del río, era en realidad la única salida del rico *hinterland* arameo de la Siria septentrional.¹⁸

Pasemos ahora a la supuesta comunidad fenicia junto al Ara Máxima y el templo de Hércules en Roma. Dado el sincretismo religioso de la época arcaica en el Mediterráneo y también a la vista de la dedicatoria en Pyrgi del dinasta ceretano *Thefarie Velianas* a la diosa Astarté, se ha postulado la existencia en Roma de una colonia interna fenicia, en el recodo del Tíber junto al Foro Boario, a tenor de la noticia de un altar a Hércules–Melqart junto al Ara Máxima. No se ha podido demostrar por el momento tal eventualidad, pero de ser cierta, induciría a suponer que esta colonia habría podido actuar como intermediaria entre cartagineses y romanos en el primer tratado púnico-romano de Polibio.¹⁹ René Rebuffat ha tratado la presencia de los fenicios en Roma, la cual se acepta en líneas generales, pero no está demostrada. Denis van Berchem ha identificado al Hércules romano del Ara Máxima con el dios Melqart. Este culto sólo pudo ser introducido en Roma por los propios fenicios, para lo cual se pone como paralelo la ubicación de Lixus, corriente arriba del río *Loukkos*, en la costa atlántica de Marruecos. El culto podría haber sido incluso anterior a la fundación de la Urbe. El Ara se encontraba en el recinto de un bosquecillo, en el que se incluía una capilla.²⁰

Las Pitecusas (*Pithekoussai*) son dos islas situadas en la costa de Campania frente a la bahía de Nápoles, nombre recogido por Estrabón y el

¹⁸ *Ibidem*, p.137.

¹⁹ Pol. III 22-23. R. Bloch, «L'alliance étrusco-punique de Pyrgi et la politique religieuse de la République romaine à l'égard de l'Étrurie et de Carthage», en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Roma 1979)*, II, Roma 1983, pp. 397-400.

²⁰ R. Rebuffat, «Les Phéniciens à Rome», *MEFR* 78 (1966), pp. 7-48; D. v. Berchem, «Hércule Melqart à l'Ara Maxima», *RPAA* 32 (1959-1960), pp. 61-68; ídem, «Sanctuaires d'Hércule-Melqart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée», *Syria* 44 (1967), pp. 73-79 y 307-338. Cf. J. Espada, *El primer tratado romano-cartaginés: análisis historiográfico y contexto histórico*, Universidad de Valencia 2009 (tesis doctoral), cap. 14, *Pater Tiberinus*. La navegabilidad del río Tíber en la Antigüedad. La navegación marítima, 2) El Foro Boario, pp. 501-506 (esp. 501s.).

pseudo-Aristóteles. La terminación en ‘-oussa’ corresponde a la de Pitiusa, Oinusa y también Siracusa.²¹ Ischia –en italiano–, una de ellas, está situada al noroeste de dicha bahía, con una superficie de 46 km² aproximados. Es muy montañosa y de origen volcánico, pero el suelo es fértil y abundan las aguas termales. En las fuentes latinas se conoce por el nombre *Aenaria*. En griego, la primera etimología se refiere a la isla de los monos (cf. Gibraltar); pero quizá Plinio, en una *lectio difficilior* etimológica, tenga más razón al relacionarla con *pithoi*, ‘objetos de cerámica’. La fundación por los eubeos de Eretria y Calcis la data la arqueología hacia el primer cuarto del s. VIII a.C. Tito Livio (VIII 22,5-6) dice que los de Calcis se instalaron en Pitecusa antes de fundar Cumas²² y Estrabón (V 4,4), que Cumas era la fundación griega más antigua de Italia y Sicilia, teniendo en cuenta que calcidios y eretrios habían fundado Pitecusa (V 4,9). Pitecusa era ciertamente un asentamiento básicamente griego,²³ pero no una *apoikía*. Se trabajó en ella el hierro de la isla de Elba y metales preciosos en el barrio de *Mezzavia* por artesanos griegos y orientales, como muestran los grupos de tumbas de la necrópolis de *San Montano*. Tenían justa fama los artesanos metalúrgicos calcídicos. Durante mucho tiempo sólo se conocieron las instalaciones del noroeste de la isla, en torno a la acrópolis de *Monte Vico*. Los hallazgos recientes en el Sur, en *Punta Chiarito*, han sacado también a la luz instalaciones agrícolas.

La fundación de Pitecusa, en donde vivieron conjuntamente comerciantes y artesanos griegos y fenicios, no está alejada en el tiempo de la de Cartago, de los enclaves fenicios de la costa andaluza oriental y, posiblemente, de Sulcis, en Cerdeña. La cronología absoluta de la expansión fenicia se ha podido establecer a partir de importaciones de cerámica euboico-cicládica de Pitecusa, que ponen de manifiesto un intercambio de productos entre Ischia, Cartago y Sulcis; y estas piezas de Pitecusa pudieron partir hacia otros establecimientos

²¹ F.J. Fernández Nieto, op. cit., mapa p. 531.

²² “Quienes dirigían la expedición, Hipocles de Cime y Megástenes de Calcis, llegaron al mutuo acuerdo de que la colonia pertenecería a una de las dos ciudades y llevaría el nombre de la otra, por lo cual, en la actualidad, recibe el nombre de Cumas, aunque se considera que los calcideos fueron sus fundadores”. Trad. de J. Vela y J. Gracia, en *Estrabón. Geografía*, libros V – VII, BCG nº 228, Madrid 2001, p. 98.

²³ En este punto nos vemos obligados a utilizar un término impreciso, ‘asentamiento’, para un proceso griego.

coloniales fenicios. En *Ischia* se ha encontrado cerámica e inscripciones fenicias que sugieren la presencia de artesanos o comerciantes fenicios.²⁴

La excavaciones en el Noroeste de la isla fueron emprendidas por G. Buchner en 1952, llegándose a excavar cuidadosamente hasta mil trescientas tumbas.²⁵ Pitecusa no era una ciudad (*polis*), pero se distinguen barrios de artesanos, no presentaba fortificaciones y las tumbas aparecen sin armas y sin indicios de jerarquía social. La necrópolis, empero, presenta diferentes ritos funerarios: los adultos, incinerados; los niños, inhumados o en ánforas o en tumbas de albañilería; los indígenas, inhumados sin ajuar. Algunos individuos orientales fueron enterrados en la necrópolis siguiendo los ritos griegos. La presencia de residentes orientales se ve confirmada además por una inscripción fenicia en un ánfora griega, reutilizada para enterrar a un recién nacido.²⁶

No sabemos qué noción histórica tenían los propios actores del proceso de expansión, fenicios y griegos que estaban protagonizando a lo largo de generaciones. Las ‘aventuras’ de unos eran bien conocidas de los otros y viceversa. Actualmente, a tenor de los testimonios que poseemos, en este proceso ‘colonizador’ de las riberas centrales y occidentales del Mar Mediterráneo nadie sostendría la prelación de los griegos. Planteadas las cosas así y dado que la colonización griega no es un *totum*, sino un *cunctum*, los eubeos fueron los primeros en iniciar el proceso griego –sin descartar que también estuviera la idea madurando en otras comunidades griegas– y tomaron como ejemplo su simbiosis con los fenicios en Al Mina, trasladándola a Pitecusa. ¿Qué pudo mover a los eubeos tan lejos de sus hogares? Lo que impulsó a los calcidios hacia 770 a.C. a poner pie en Italia y poco después en Cumas fue la búsqueda de metales.²⁷ Asentándose en Pitecusa, sin mucha superficie allí para cultivar (sólo la imprescindible), es posible pensar en la actividad minera y metalúrgica realizada en la isla de

²⁴ M.E. Aubet, *Tiro y las colonias*, apéndice IV, Los asentamientos del Mediterráneo central, «La conexión euboica», pp. 318s.

²⁵ G. Buchner, «Relazioni tra la necropoli greca di Pithecusa (isola d’Ischia) e la civiltà italica ed etrusca dell’VIII sec.», *Atti del VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protostoriche*, Roma 1962, III, Firenze 1966, pp. 7-11.

²⁶ M. Gras, P. Rouillard, J. Teixidor, *El universo*, «Comercio y cohabitación», pp.124-127.

²⁷ J. Heurgon, *Roma y el Mediterráneo*, 2ª parte, II. El problema del origen de los etruscos, p. 270; cf. M. Pallottino, «Le origine storiche dei popoli italici», *Atti del X Congresso Internazionale di Scienze storiche*, II, Roma 1955, pp. 1-60.

Elba, en manos de los etruscos; igualmente llama la atención el paralelismo entre los eubeos y los etruscos emigrantes originarios: la diferencia colonizadora entre ambos pueblos radica en la sistematicidad. El control posterior del estrecho de Mesina pone de manifiesto la singularidad del proceso euboico.

El origen de los etruscos ha sido una cuestión debatida y controvertida, no esclarecida del todo en la actualidad. Se ha llegado en realidad a una fórmula de compromiso entre las tesis orientalista y autoctonista, representadas en su día por P. Ducati, con el apoyo de A. Piganiol, y por M. Pallottino, con F. Altheim, respectivamente.²⁸ Sendas tesis se apoyan en parte en los testimonios de Heródoto (I 94), quien sostenía que los etruscos eran emigrantes lidios, y de Dionisio de Halicarnaso (I 30,1-2), que abogaba por su origen autóctono; Helánico de Lesbos tomaba una postura ecléctica (D.H. I 28,3) y Mírsilo opinaba lo contrario de éste (D.H. I 28,4). Ambas posturas modernas aceptan tácitamente que llamar etruscos a aquellos navegantes prístinos procedentes de las costas de Lidia sea tal vez excesivo y que la denominación cuadra mejor con las realizaciones culturales que conocemos en las ciudades etrusco-villanovianas de Italia. Se admite que hubo emigración de procedencia oriental y no se pone en duda que efectivamente navegantes minoroasiáticos pudieran alcanzar las costas tirrenas y esto es lo que vale la pena resaltar en este contexto: la verosimilitud de estas largas singladuras en busca de un lugar donde asentarse (o atraídos por el imán de los metales) y emprender una vida nueva, en solitario o en simbiosis con la población autóctona, como ponen de relieve los viajes de Ulises o de Diomedes por las aguas y riberas del Mediterráneo. Tener en cuenta tal posibilidad significa que los viajes de fundación griegos y los viajes comerciales fenicios fueron los más destacados y conocidos, pero no los únicos que llegaron a tener lugar. Si nos olvidamos por un momento de las características propias que nosotros hemos adjudicado en los manuales a fenicios y griegos –desde luego tal vez acertadas, pero lo son desde nuestra perspectiva–, veremos que en la época arcaica en el Mediterráneo se produjeron amplios, largos y frecuentes desplazamientos por mar de individuos de comunidades del Mediterráneo oriental.

Los eubeos conocieron de primera mano en su relativamente breve estancia en Al Mina la técnica de los viajes de los fenicios de aquella época por su zona; aquellos trasladaron este esquema a otros lugares despejados,

²⁸ J. Heurgon, *Roma ...*, II. El problema ..., pp. 268-273.

poco frecuentados del Mediterráneo, cuan grande era para ellos. Las necesidades alimentarias y de otro orden de las comunidades griegas obraron el resto, atrayendo con su ejemplo a otros muchos. La primera fortuna de la colonia greco-fenicia de la isla de Pitecusa debió tener una rápida fuerza de atracción. En el contexto del paralelismo innegable entre Al Mina y Pitecusa, una acción aislada tuvo una amplísima repercusión entre los otros griegos, toda vez que ya debían estar predispuestos a ello; la colonización de las costas del Asia Menor, a partir del siglo XI – X a.C., les había mostrado el camino.

La colonización griega y la expansión fenicia constituyeron dos aspectos, diferentes pero no desligados, del mismo fenómeno cultural y demográfico del Mediterráneo en época arcaica, aunque las raíces de ambos se hundan varios siglos atrás respectivamente. Fue un traslado de población, estable para el futuro, por mar; en otras regiones aledañas del Mediterráneo también existieron movimientos migratorios por tierra, pero la distancia a que se practicaron necesariamente fue mucho menor.²⁹ La expansión fenicia hacia Occidente aparece relacionada con la actividad ‘colonial’ euboica, con intereses y empresas comunes entre 775 y 700 a.C. aproximadamente; esta simbiosis no es nueva, pues ya la conocemos a finales del siglo IX a.C. en actividades comerciales conjuntas en Al Mina y Tell Sukas. En consecuencia también se debiera tener en cuenta la suposición razonable de fenicios instalados en Yaliso, en la isla de Rodas.³⁰ Los rasgos comunes se cifran en la búsqueda de metales, los patrones de asentamiento y, muy posiblemente, las acciones piratas, como una forma más de comercio.³¹

El historiador helenista matizará que la empresa colonizadora griega fue calcídica o eretria (eubea), corintia, megarense, milesia, doria, rodia, etc. y admitirá que los contactos previos entre eubeos y fenicios en Al Mina junto al río Orontes pudieron ser los precursores de la aventura colonial griega. El fenómeno griego fue mucho más amplio territorial y demográficamente, en tierras y pueblos (a la Magna Grecia y Sicilia hay que añadir no sólo las costas del Egeo, sino también las del Mar Negro), pero más limitado en el

²⁹ Cf. ‘*ver sacrum*’ itálico. P.M. Martín, «Contribution de Denys d’Halicarnasse à la connaissance du *ver sacrum*», *Latomus* 32 (1973), pp. 23-38.

³⁰ M. Gras, ..., *El universo fenicio*, p.127.

³¹ M.E. Aubet, *Tiro y las colonias* ..., pp. 318s. Cf. M.G. Ientile, *La pirateria tirrenica. Momenti e fortuna*, Suppl. 6 «Kokalos», Roma 1983, *passim*.

tiempo, a la vez que más trascendente para la evolución de la historia de los griegos. La colonización griega fue una etapa en la Historia de Grecia, que corresponde a la época arcaica.

El especialista en historia de los fenicios y de los cartagineses reconocerá que la expansión fenicia fue un *modus vivendi* mucho más largo en el tiempo que lo griego, pues formó parte de la historia de los fenicios (si bien algunos asentamientos fenicios tuvieron una vida más corta, aunque en ocasiones fueron reocupados más tarde) y admitirá que no se sabe delimitar con precisión en el Mediterráneo Central hasta dónde y hasta cuándo alcanzó lo fenicio y lo púnico, con una separación difícil entre ambos. Los presupuestos políticos de sendos procesos migratorios fueron diferentes, teniendo en cuenta que está mejor documentado el griego.

El poder de Asiria y Egipto permitió que, bajo su control, los fenicios siguieran utilizando las rutas comerciales marítimas en el Levante mediterráneo, pues los fenicios practicaron el comercio marítimo en beneficio ora de éstos ora de aquéllos; pero, sin embargo, este poder impidió que los griegos pudieran instalarse por esa zona, por lo que hubieron de poner sus miras adonde ya habían navegado hacía tiempo las embarcaciones micénicas. Fenicios y griegos sólo coincidieron en Sicilia (excluyo la costa mediterránea andaluza) y en el resto de zonas de asentamiento se produjo lo que se podría llamar un acuerdo tácito de zonas de influencia, o en todo caso de cotos vedados, no infrecuente en aquellos tiempos. Los fenicios precedieron a los griegos en sus singladuras, pero se sirvieron del conocimiento de las rutas micénicas anteriores; los griegos desplazaron, por lo que podemos intuir, mayores contingentes de población que los fenicios y el destino de estas poblaciones tuvo un *status* diferente: excepto Cartago con seguridad, los otros asentamientos fenicios debieron tener en un principio una dependencia marcada de la metrópoli tiria, constituyendo en Sicilia y Cerdeña *sucursales* fenicias primero y púnicas después; las colonias griegas, desde un primer momento, gozaron teóricamente de autonomía política, por lo que debieron constituir lo que actualmente denominamos en términos empresariales *franquicias*.

En relación con la colonización griega, conviene tener presente que hubo dos amplias zonas de actuación en el tiempo y en el espacio: por un lado, la Magna Grecia y Sicilia, por otro lado, las riberas del Ponto Euxino. El primer impulso se produjo a mediados del siglo VIII a.C.; el segundo impulso fuerte,

a partir de 675 a.C.³² Las consideraciones que estoy exponiendo se refieren en mayor medida a las circunstancias de la primera zona y etapa, por haber estado en un contacto mayor con los fenicios y cartagineses.

Que la navegación en algunos rincones del Mar Mediterráneo arranca de tiempos neolíticos, sin entrar en detalles, es cosa admitida. La navegación en el Levante mediterráneo es tan antigua como queramos, pero las primeras noticias de travesías transmediterráneas de los fenicios³³ se remontan, según las fuentes literarias, al undécimo siglo antes de Cristo y, a tenor de las arqueológicas, al siglo IX a.C. Las noticias indican que los asentamientos más antiguos fueron también los más lejanos (Gádir, Lixus, allende las Columnas de Hércules). Curioso paralelismo con los griegos: en el siglo VIII a.C. el asentamiento más antiguo en el Mediterráneo Central fue también el más lejano; no atravesó el estrecho de Gibraltar, mas sí el mítico paso entre Escila y Caribdis.³⁴

Los fenicios de Sidón y Tiro, a lo que parece, saltaron fácilmente a Chipre – como Colón saltó a las Islas Canarias, para arriesgar la travesía hasta las Indias de América– y desde allí enlazaron o prosiguieron las rutas marítimas que previamente habían abierto los navegantes, y tal vez colonizadores, micénicos en el Mediterráneo Central itálico-siciliota. La ruta fenicia hasta Iberia debió ser inducida por la seducción de las riquezas de Tarteso. Una escala a medio camino transmediterráneo, Útica primero y Cartago después, facilitó las comunicaciones y el aprovisionamiento junto a las necesarias reparaciones en las jarcias de los bajeles.

El establecimiento euboico-fenicio en Pitecusa³⁵ parece un trasplante de Al Mina, pero con mayoría griega o, en todo caso, en equilibrio greco-fenicio. Se trata ciertamente de una réplica del sistema fenicio de asentamientos en islas próximas a la costa o de promontorios costeros. La sede calcídica posterior en tierra firme debió dar autonomía a los griegos e

³² F. Ruzé y M.-C. Amouretti, *De los palacios cretenses a la conquista romana. El mundo griego antiguo*, Madrid 1987 (Paris 1978), pp. 69 y 70s. (croquis).

³³ De la misma manera que hablamos de la Historia de Grecia, cuando debiéramos decir ‘historia de los griegos’, así decimos fenicios, cuando en realidad deberíamos establecer si se trata en cada caso de los fenicios de Ugarit, Al Mina, Tiro, Sidón, Biblo, etc.

³⁴ Qué duda cabe que las narraciones de la Odisea desempeñaron un importante papel en estos viajes exploratorios y migratorios griegos.

³⁵ Uso el singular para referirme a la isla con asentamiento, la mayor, para distinguirla de la menor.

incorporó a la nueva colonia mayores faenas agrícolas. Exagerando un tanto, podríamos decir que el resto vino por sí solo. El ejemplo italiota-siciliota fue anterior al de los asentamientos en el Egeo y en el Mar Negro y sirvió efectivamente de modelo.

En fin, la expansión tiria y la colonización helénica constituyeron sendos movimientos migratorios por mar en época arcaica con muchos elementos comunes y otros diferenciadores, porque fueron patrocinados por ciudades y no por otro tipo de entes políticos superiores (o aglutinadores). Los nuevos emplazamientos mantuvieron en un principio una relación mucho más estrecha de lo que dibujan los especialistas y los manuales de historia: en este caso la especialización historiográfica moderna no ha permitido tratar el fenómeno migratorio arcaico heleno-semita³⁶ en su conjunto. Así como la historia de Cartago o de los cartagineses suele ser un apéndice en la historia republicana de Roma, en este sentido la expansión fenicia debiera recogerse también en la historia de Grecia, como ‘la colonización griega; sus relaciones con la expansión fenicia’; y viceversa, en una historia de los fenicios, ‘la expansión fenicia; relaciones con la colonización griega’.

RESUMEN

La expansión fenicia y la colonización griega fueron dos fenómenos migratorios y de interculturalidad trascendentales en la historia social, económica y cultural del mundo arcaico de las riberas del Mar Mediterráneo, entre las riberas del Levante y del Occidente. Llama la atención su coincidencia aproximada en el tiempo y el reparto tácito de las zonas de influencia. Ambos procesos participaron de elementos comunes y las estrechas relaciones entre euboicos y fenicios en Al Mina y Pitecusa ponen de relieve el germen de los viajes colonizadores griegos particularmente hacia la Magna Grecia y Sicilia. La especialización de los estudios griegos por una parte y la de los fenicios por otra ha impedido analizar mejor en su conjunto estos dos fenómenos, que presentan muchas coincidencias llamativas.

ABSTRACT

The Phoenician expansion and the Greek colonization were two migrating and intercultural phenomenons; they were transcendental in the social, economic and cultural history of the arcaic Mediterranean world, between the Eastern and Western

³⁶ F.J. Fernández Nieto, «La colonización griega», ..., p. 536: en que dice ” ..., un conglomerado de intereses y tripulaciones heleno-semíticas, en donde la participación fenicia pudo ser bastante superior a la propiamente griega”.

Julian Espada Rodríguez

shores. It calls attention to her approximate time's coincidence and the implicit repartition of influence's zones. Both proceedings participate from common elements and the near relations between Euboics and Phoenicians in Al Mina and Pithekoussai emphasize the origin of the Greek colonizer travels particularly towards Great Greece and Sicily. The specialization in Greek studies or in Phoenician studies has impeded to analyze better these both phenomenons altogether, that show much coincidences.

PALABRAS CLAVE

Expansión, colonización, *apoikía*, sucursal, franquicia, *modus vivendi* .

KEYWORDS

Expansion, colonization, *apoikía*, succursal, franchise, *modus vivendi* .